



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO



LA POLACA

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Las mujeres y las flores*, (conclusion) por G. Alberola.—*El nuevo Génesis*, (conclusion) por C. Navarro.—Nuestros grabados.—*J. M. Bartrina*, por P. Gener.—*A Hespanha*, (continuacion) por Nuno d' Albuquerque.—*Los estornudos del diablo*, (continuacion) por J. Tomás y Salvany.

GRABADOS.—*La potaca*.—*El patio de los leones (Alhambra)*.—*La reina Blanca*.—*Los bañistas de Capreva*.—*Brunilda y Siegfriedo*.—*Parada en el desierto*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

CUANDO llegue el presente número de la ILUSTRACION IBÉRICA en manos de los lectores, es seguro, según se dice, que las Cámaras españolas habrán dado fin á sus tareas, por ahora. Sin duda la elocuencia es fruta de invierno y por eso se cierran sus templos en cuanto el calor aprieta.

Antes de la clausura de las Cámaras, éstas habrán aprobado probablemente el tratado de comercio con Alemania; cuantas enmiendas al mismo se han presentado han sido desechadas; no ha podido salvarse siquiera una sobre los tapones de corcho, á pesar de que la materia era bastante á propósito para salir á flote.

Con el fin de hacer atmósfera en pro del tratado susodicho, consigna no sé qué periódico que se consumen en Alemania anualmente cinco millones de litros de vino español; y es lo que habrán dicho los defensores del tratado: «Supuesto que ellos se beben nuestro vino, nada más justo que nosotros traguemos sus tapones.» ¡Dios quiera que con el tiempo no tengamos que decir: «Al primer tapon... zurrapas!»

¡Ah! Se me olvidaba. También dejarán aprobada las Cortes la ley de supresion del recargo de diez por ciento, cedido á las empresas de ferrocarriles.

* *

Un asunto parecido ha ocupado estos días á las Cámaras francesas, pues no en vano estamos en el siglo del vapor. Háse tratado de la aprobacion de los convenios celebrados entre el gobierno y las compañías, y como aquéllos son favorables á éstas, el ministerio ha triunfado, precisamente por el apoyo de las derechas, en las que figuran los miembros más importantes de las susodichas compañías. Con tal apoyo se ha perdido la ocasion de dar un disgusto al gabinete frances que, dada la oposicion que se hacia á sus proyectos, no hubiera podido triunfar sin el socorro de sus enemigos.

Y luégo que hablen los que no son españoles más que de nacimiento, del desinterés que predomina en los hombres públicos de otras naciones y de los móviles mezquinos que determinan la conducta de los nuestros.

* *

Si á tan malos patriotas no les basta el ejemplo citado, puedo añadir otro: el que ofrece Inglaterra posponiendo la salud de la humanidad, la vida de millares de personas, á sus intereses comerciales, y no haciendo nada, no adoptando sino medidas ridiculas por lo insignificantes, para evitar la propagacion del cólera.

Y otro tanto puede decirse de la oposicion que se hace en aquel país al proyecto de Lesseps de abrir un nuevo canal en Suez, paralelo al primero. Este último proyecto y la torpeza de un empleado en telégrafos han dado recientemente un susto mayúsculo á una señora, algo ligera de cascos, cuyo marido fué á Londres á enterarse de la marcha del citado asunto, que le interesaba en gran manera.

Al asegurarse de que el gobierno ingles no se oponía al proyecto del gran ingeniero, el buen marido se apresuró á expedir á su costilla el siguiente telegrama:

«Lo sé todo. Se va á abrir el canal.»

Y la costilla recibió este otro:

«Lo sé todo. Te voy á abrir en canal.»

* *

Conducta muy diferente á la de Inglaterra sigue el go-

bierno ruso. Sin embargo de estar muy en minoría los súbditos católicos en este país acábase de celebrar un convenio entre la Santa Sede y Rusia, convenio que significa el reconocimiento de la superioridad del derecho sobre el interés material y aún sobre la conveniencia política, toda vez que se declaran abolidas cuantas medidas de rigor se habían tomado anteriormente contra los católicos y se concede á los obispos, en la esfera religiosa, la libertad más absoluta.

De desear sería que siguiendo el gabinete del czar por la senda emprendida otorgase nuevas libertades y reconociese otros derechos, poniendo á su país al nivel de los regidos por el sistema parlamentario.

* *

Un diputado á quien las discusiones habian agriado el carácter de tal modo que no podía pronunciar una palabra sino para contradecir, riñó con un amigo suyo, de genio apacible y dulce. La noticia causó gran sorpresa en cuantos conocian á los dos.

—¿Pero es posible que hayas regañado con Enrique?—le preguntó un amigo.

—Naturalmente. Era imposible hablar con él. Figúrate que había dado en la manía... ¡de ser siempre de mi opinion!

EDUARDO BLASCO.

— — —

LAS MUJERES Y LAS FLORES

(CONCLUSION)

Y lo mismo sucedía en la naturaleza. Cantaban en regocijante coro sus himnos de amor los pintados pajarillos, y sus dulces notas, al extenderse por el espacio infinito, no vibraban con la sonoridad y la armonía con que vibran y suenan en el bosque ameno, cuando, nerviosos é inquietos saltan sobre las verdes ramas de los frondosos árboles, donde su compañera empolla con sin igual paciencia los huevos próximos á *esclatar*, según la bella expresión lemosina, en el nido artístico; murmuraba el río eterno, monótonos cantares, y sus ecos se perdían en la concavidad del valle ó en la cima del monte, sin haber logrado conmover ni un punto el alma del transeunte, muerto de pena á la contemplación de las riberas, desiertas de vividas plantas y de aromáticas flores; no tejían caprichosas bóvedas los zarzales sobre el cauce de los arroyos mansos, parecidos en su tortuosidad á verdaderas sierpes de plata, ni se entrelazaban y ceñían allá en el bosque las madre-selvas con los álamos; no iban los peces á depositar sus huevecillos en las flotantes marinas ovas, ni las mariposas volaban, para libarles su miel, en torno de las flores silvestres; y la atmósfera sin vapores de incienso, y el prado sin verde alfombra, y el desierto sin oasis, y el mar sin algas, y la tierra sin vegetales, habian convertido aquel triste planeta, en caverna tenebrosa, poblada de seres sin corazon y sin entrañas. Como no es posible un cielo sin soles, un sol sin luz, una luz sin calor, no es posible tampoco una sociedad sin mujeres, ni una naturaleza sin flores.

¡Cuán misteriosa la analogía que guardan entre sí en sus sendas vidas y en sus diferentes esferas las mujeres y las flores!

Delicadas como todo lo bello, las unas pierden su pristina pureza al más leve contacto de profanas manos, mientras las otras, arrancado por el huracan el brote que las contiene, ó desecha entre los dedos la corola que las viste, caen marchitas, sin proferir un gemido, sin exhalar una queja, al pié de su propia cuna, junto al tronco de su mata verde ó de su árbol frondoso.

Nacen las unas destinadas á embellecer la vida del hombre con sus amorés tiernos, y las otras nacen destinadas á mostrarnos la procreacion progresiva de las especies, el sentimiento de la naturaleza, la providencia de Dios. Y si la mujer es sensible, la sensitiva es más sensible aún; y si es modesta la mujer, aún es todavía, si cabe, más modesta la violeta. Y ora flexible como la palma del desierto, ora con labios de coral; ya despidiendo de su boca, parecida á en-

treabierto capullo, dulce ambrosia, ó ya luciendo en su rostro hechicero los matices de la alejandrina rosa; unas veces prodigándoles con solicitud tiernos cuidados, y deshojándolas despiadadamente otras; tomándoles aquí sus propios nombres con la *Rosa* ó con la *Margarita*, ó guardándolas allá, como triste recuerdo de amor, entre las hojas de su devocionario; siempre las flores, rodeadas, como las almas, de misterios; mensajeras de la estacion nueva, como la alondra del nuevo día, simbolos eternos de las pasiones ardientes, preciadas prendas de amor entre los amantes tiernos, signos de ventura y de paz, estrellas de la tierra, alegría de los ojos; por sus varios y encendidos matices, por la miel de sus cálices y el incienso de sus corolas, por sus amores inenarrables, por su galanura indecible, por la belleza de sus formas y la brevedad de su vida, confundiránse, y casi se identificarán con las mujeres, de quienes son cariñosas hermanas é inseparables compañeras.

Juntas las vemos en los cementerios, sobre las losas frías de los luctuosos sepulcros; aquéllas, llenándolo todo con sus lágrimas de dolor, y embalsamándolo todo, éstas, con sus esencias embriagadoras; juntas van al pie de los altares benditos á proferir, las unas, el anhelado, amoroso, *si* litúrgico, y á simbolizar las otras, con sus guirnalda de azahares, la virginidad de la reciente desposada. Y si, con frecuencia, la mujer nos incita á las empresas más difíciles y más arriesgadas, siempre las flores premian con sus coronas los grandes triunfos de la vida. A semejanza, pues, de nuestra sacratísima religion, ensalcemos la mujer, llamándola rosa mística, sol del cielo, estrella matutina, delicia, alegría, contento, amor, felicidad; y, á imitacion de los pueblos antiguos, corramos presurosos al templo de Flora, á entonar, en elogio y alabanza de las flores, himnos regocijantes de exaltado amor.

GINES ALBEROLA.

EL NUEVO GÉNESIS

(CONCLUSION)

En tus alas ¡oh ciencia! hasta el sublime
trono de Dios iré,
trayendo más verdades al que gime
con fe en tí y en mí fe.

De tí nace el progreso, de mí arranca
todo impulso motor:
á nuevas resistencias mi palanca
da otro impulso mayor.

¿Negáis la progresion en que se mueve
el mundo á vuestros piés?
¿Qué importa? *E pur si muove*. Clara y breve,
esta la ciencia es.

Muera la fuerza que mi paso cierra
resistiendo aún ténaz.
Si os abrazáis los débiles, la guerra
morirá por la paz.

Mueran las sombras, mueran ante el faro
que irradia ilustracion,
alma de esclavo es siempre el hombre ignaro
y carne de cañon.

La ciencia da el derecho que concilia
el bien universal:
hacer de todos una gran familia
es su eterno ideal.

Yo he dicho ante los déspotas *augustos*:
El derecho soy yo,
y he escrito ese derecho en dogmas justos
que el rayo promulgó.

Ni de piedra ni bronce que se oxida
son las tablas que dí:
toda conciencia firme é instruída
es tabla y Sinai.

Hombres y pueblos al amor que infundo
de mí vienen en pos,
hasta que á ser ya llegue todo el mundo
la gran ciudad de Dios...

—¿Qué sacrilega voz así blasfema?
—¡Oh enemigos, callad!
Las sombras sois; yo luz, yo ley suprema,
yo soy la libertad.

CECILIO NAVARRO.

NUESTROS GRABADOS

LA POLACA.

Nuestro grabado da completa idea, mucho mejor de lo que podrían hacerlo las más escogidas palabras, de lo que es una polaca. Baste decir que son las mujeres más hermosas del mundo, despues de las españolas, y que así como éstas son las legítimas representantes de la belleza graciosa y meridional, las otras son la encarnacion de la sublime poesia del Norte. Véanse para más detalles, *Ladislao Bolshi*, *L'affaire Clemenceau*, etc., etc.

EL PATIO DE LOS LEONES (ALHAMBRA).

¿Quién no conoce esta maravilla? Sin embargo, dibujada por Gustavo Doré, como sucede en nuestra lámina, parece que se presenta con una verdad más intensa que no reproducida por otros artistas. Dejando aparte la descripción arquitectónica de aquel elegantísimo y risueño recinto, digamos que en el *patio de los leones* fueron degollados por orden del rey Chico treinta y seis caballeros abencerrajes, villanamente calumniados por los zegríes y gomeles, que dijeron á Abdali ó Boabdil haber visto á un abencerraje en afrentosas amistades con la reina Zoraida. Todavía hoy se notan en el fondo de la taza de alabastro que está en medio, unas manchas rojizas que se suponen ser sangre de los nobles abencerrajes, si bien no son de tal procedencia, sino debidas al color que toma el mármol blanco al cabo de cierto tiempo.

LA REINA BLANCA.

Así eran llamadas en la antigua monarquía francesa las reinas viudas, por ser blanco el luto que llevaban por sus difuntos consortes.

La real viuda que figura en nuestro grabado es la esposa de Luis VIII, doña Blanca de Castilla, madre de San Luis, princesa misericordiosa y digna de ser equiparada á la santa reina de Hungría, Isabel de Turingia.

M. Moreau de Tours, autor del cuadro, ha sabido expresar acertadamente la dulce figura de aquella reina de la Edad media, época realmente heroica y propia para seducir á los que prefieren el espíritu á la materia.

LAS BAÑISTAS DE CAPRERA.

Yo no negaré que Trouville, Dieppe, Biarritz, Deva, Comillas, Caldetas, etcétera, sean muy buenas playas y tengan excelentes casinos, pero sí que vale más Caprera, en prueba de lo cual se retiró allí... ¡Garibaldi! No, señor. Tiberio, es decir, el más sibarítico de los monarcas, el más inteligente de los refinados, el más digno de los emperadores de gusto.

Cuando Tiberio, amo del mundo, escogió Caprera para estar á sus anchas en la regalona vida que se daba, algo vería en su perspicuo talento que hacía de aquella isla el mejor punto para entregarse á los babilónicos placeres en que tan perito era; y en efecto, aquello es bellissimo, es griego, es delicioso.

Para eso hay que leer ó que oír al insigne orador Castelar hablando del golfo de Nápoles, describiendo la gruta de Caprera y evocando los recuerdos de aquel cielo azul y de aquel mar de esmeralda. Y por esto decimos que muy bueno ha de ser aquello cuando Tiberio se retiró allí y cuando Castelar le ha dedicado una de las mejores páginas que de él conocemos.

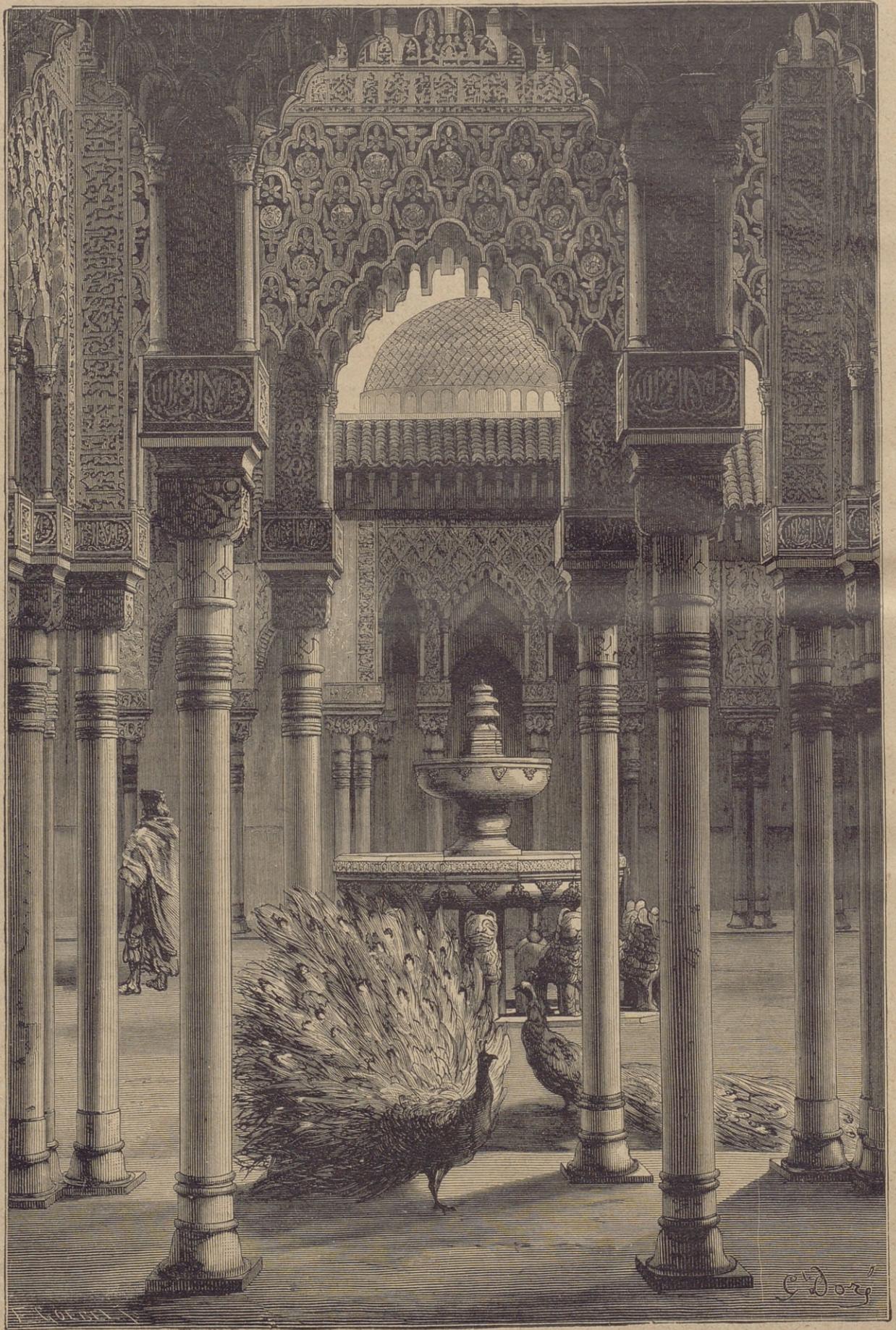
BRUNILDA Y SIEGFRIEDO.

Nadie como Wagner para interpretar aquellos sentimientos y expresar aquellas escenas de subido romanticismo que encierra la epopeya de los Nibelungos. Valientes guerreros y hermosas heroínas cuyos exaltados sentimientos nadan sobre un fondo sobrenatural y místico; legendarias aventuras de germánico sabor; bosques y lagos, caballeros y damas sujetos á encantamientos y á diabólicas persecuciones, forman la trama de tales argumentos, que permiten al compositor hacer gala de su inspiración armónica y de su *subjetividad* artística.

PARADA EN EL DESIERTO.

Si los paisajes del Norte parecen ser los más impregnados de poesia, con sus bosques y sus nieves, sus extraños cielos y sus interesantes aventuras, no lo son menos en verdad los del desierto, si bien es más difícil expresarla.

El desierto es imponente; rebaja la presencia del hombre y le hace aparecer humillado en vez de someterse á él. Aquellas ráfagas de aire abrasador, aquellas infinitas nubes de arena que arrastra el *simun* y que ciegan



EL PATIO DE LOS LEONES (ALHAMBRA)



LA REINA BLANCA

y asfixian al caminante; aquella monotonía de color, apenas interrumpida de vez en cuando por un grupo de bambús; aquellas caravanas melancólicas amenazadas á cada instante de quedar sepultadas bajo un monte de arena, son otros tantos elementos que se prestan á la inspiración del artista y le sugieren verdaderas obras maestras si es un Feliciano David ó un Eugenio Fromentin. Por otra parte, el desierto ofrece á la avaricia del hombre inestimables recursos: polvo de oro, colmillos de elefante, plumas de avestruz, pieles, almizcle, aromas preciosos y pedrerías.

El hombre ha encontrado en el camello la barca para atravesar aquel océano y en la tienda árabe la vela para ir siguiendo el camino. Contemplando al ismaelita en medio del desierto, pueblase de visiones la imaginación y parece oírse el lamento de Job, verdadero árabe, ó escucharse el melancólico són de rústica chirimía tañida por el nómada.

J. M. BARTRINA

Bartrina ha muerto joven, no dejando más que un tomo de poesías titulado: *Algo* y unos cuantos trabajos sueltos que han sido coleccionados después de su muerte en un volumen en octavo. Y no obstante, Bartrina fué uno de los primeros poetas de la España contemporánea. Si ha sido desconocido hasta hace poco, débese á no haber vivido en Madrid, á no haber formado parte de la camarilla que allí forja las reputaciones, imponiéndolas al resto de la Península. A causa de esto, la fama del poeta reusense no pudo pasar el Ebro. Su estilo conciso y sobrio, su profundidad de conceptos chocaron demasiado á ciertos críticos madrileños acostumbrados al lirismo difuso de la mayoría de los poetas que en la corte privan, tan perfectos en la rima como flojos y confusos en los conceptos. Aun recordamos con dolor la violenta invectiva que en contra del tomo: *Algo*, lanzó un escritor madrileño (1). Aquellas cinco líneas invertidas como de gracia en la cubierta de la *Revista Contemporánea*, más tenían trazas de insulto que de juicio crítico. ¡Y sin embargo Bartrina era acreedor á que se le señalara como á una gloria nacional! Pero España, y lo he dicho muchas veces, es como ciertas madres que tienen predilección por aquellos de sus hijos que menos valen. Orfila, Fortuny, Vierge, Pradilla, Ibáñez, Sarasate y tantos otros, han tenido que recurrir al extranjero para que España supiera lo que valían. Sin el testimonio de los extraños, los propios no les hubieran reconocido su genio. Rosales apenas podía vender en Madrid sus cuadros; en cambio, medianías correctas y nulidades intrigantes están consideradas como eminencias y aún como verdaderos genios.

Bartrina es un poeta del género de Baudelaire y de Leopardi, pero formando especie aparte. Tiene un carácter tan original, una personalidad tan propia, que no es permitido el confundirle con ningún otro poeta.

Generalmente los grandes genios acostumbran á acaparar toda clase de conocimientos para hacerlos converger á la producción de la obra que se proponen realizar. Precisamente en esta convergencia estriba la fuerza de sus creaciones. Nuestro poeta hacía todo lo contrario. Con un talento excepcional había cultivado muchos ramos del saber humano, pero en cuanto á lo que toca al producir, divergía siempre. Bartrina sabía de todo, es decir, de todo un poco. Pero esto no le bastaba: quería realizar todo lo realizable, y aún lo que no lo era.

Con su gran talento, con sus muchos conocimientos, hubiera podido llegar á ser un político eminente, lo mismo que un filósofo profundo, ó un sabio naturalista; pero le faltaba una cualidad esencial, sin la que todo genio aborta: la perseverancia. Derrochaba su inteligencia en excesivos ensayos. No hay más que hojear sus obras: cosmología, historia, filosofía, música, filología, física, crítica literaria, en fin, apenas había ciencia ó arte que no le hubiera dado pié para un artículo ó una poesía. La misma generalidad de su talento le impedía el llevar á cabo nada serio, era estéril por un exceso de potencia. Impresionable en extremo, se apasionaba por un detalle cualquiera, y al instante buscaba otro para establecer una comparación é inducir una ley, proyectar un invento ó abocetar el plan de una obra inmensa. Pero la ley quedaba por formular, el invento por realizar y la obra por escribir, pues apenas había apuntado una idea que ya buscaba otras, á cual más imposible.

Intentó escribir la segunda parte del *D. Juan Tenorio*; *La vida de María*, paralelamente á *La vida de Jesús* de Renan; un *Diccionario fonético del lenguaje de las aves*; concibió un teléfono hidráulico (antes que Edisson inventara el de cordel) con el objeto de transmitir la música á grandes distancias y á domicilio.—Así,—decía Bartrina,—uno podrá abrir en su salón la espita de las sonatas alemanas, la de las melodías italianas ó la del *vaudeville* francés ó de los aires nacionales, como quien abre en su bodega la del *Kohenisberg*, del *Lacrima Christi*, del *Burdeos*, ó del *Jerez*.—Empezó una novela basada en el descubrimiento de Europa por navegantes que procedían de un país ignoto en el cual imperaba una civilización mil veces superior á la nuestra. Imaginó una psicología del hombre salvaje descrita por M. Arban, célebre aeronauta que se elevó en Barcelona y cuyo paradero se ignora. Suponía Bartrina descendido en un país del Africa Central, donde al verle venir por los aires lo habían creído el hijo de Dios bajado de los cielos, y de aquí tomaba pié para describir el funcionalismo intelectual de estos pueblos incivilizados. Pero todas estas obras se quedaron en proyecto: de la que más escribió uno ó dos capítulos.

Como á tendencias, Bartrina es un romántico que ha llegado tarde, pero que escribe con todos los procedimientos realistas de la época presente. Siempre es natural, muy natural, demasiado natural á veces. Su naturalismo le inclina á la extravagancia en ciertos casos. Es concreto, preciso, sobrio, y dibuja con un vigor inusitado. Si hace comparaciones es sólo para dar relieve á las ideas; si emplea imágenes es para abreviar descripciones, siendo siempre sus comparaciones y sus imágenes muy exactas y excesivamente originales.

Hemos dicho que era un romántico rezagado, y en efecto, así era. Viviendo en la época actual, estaba atacado de la enfermedad moral que caracteriza el primer tercio de nuestro siglo. Era profundamente pesimista y escéptico. Hay ciertos individuos que han heredado la fatiga producida por los desórdenes ó el excesivo trabajo de sus padres; así es que nacen cansados. Bartrina nació ya desengañado.

Y no es su escepticismo el del cristiano; su pesimismo va aún mucho más allá. Si el cristiano desprecia este mundo es porque espera gozo, dicha inefable en otro mejor, en el cual cree con todas sus fuerzas.

(Se continuará).

POMPEYO GENER.

A HESPAÑHA

PAR OCCASIAO DO SEGUNDO CENTENARIO DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

CALDERON

II

Em Hespanha, ridente, surge um dia
um vulto fulgurante:
do berço a nobre fronte lhe cingia
aureola brilhante.

Olha em torno de si e a decadencia
da virtude e moral
incute-lhe no peito a vehemencia
de oppor o bem ao mal.

Entao, inicia creanga, emponha a penna,
e a todos extasia!
Eleva a honra, e o vicio só condena,
em doce melodia.

Vibra nos corações profiquo exemplo,
divina inspiração,
e funda no theatro o eterno templo
da mais pura lição.

Estende pela Europa o seu poder,
que em extasi o admira,
e, curvada a o seu throno, vae beber
nos sons da ingente lyra!

Se do Genio dimana a luz suavissima
de tudo grande e bom,
Hespanha, em ti raioa ella purissima,
o genio é Calderon!

(Continúa).

NUNO D' ALBUQUERQUE.

CALDERON

II

En la rienda España surgió un día
un rostro fulgurante
al que, en la misma cuna ya ceñía
aureola brillante.

Mira en torno de sí: se asombra al ver
la virtud, la moral
menospreciadas; se propone hacer
que triunfe el bien, no el mal.

Y empuñando la pluma valeroso,
á todos extasia,
condena al mal, eleva al virtuoso
en dulce melodia.

A las almas conmueve con su ejemplo
y con su inspiración
y las da, haciendo del teatro templo,
la más pura lección.

Logra, á la Europa entera, dominar,
que extasiada le admira,
que humilde, ante su trono va á escuchar
los sonos de su lira.

Si del genio dimana luz suavissima
del mal para baldon,
España irradió en tí, clara, purissima:
¡el Genio es Calderon!

(Se continuará).

BLAS QUITO.

(1) Manuel de la Revilla.

LOS ESTORNUDOS DEL DIABLO

CUENTO FANTÁSTICO

Por ello sin duda, Jacinto recobró la calma, viendo que, en resumidas cuentas, tenía que habérselas con una mujer, hermosa por añadidura. Y como al verificarse tan extraña aparición, Santiamen daba la espalda á la puerta del aposento, no anduvo tan descaminado al imaginar que la dama, por hacerle mofa y remedarle, podía muy bien haber estornudado detras de la puerta, entrando por ella despues, sin que él la viera. Esta reflexion, trocando á su entender el peligro en aventura amorosa, le infundió brios hasta el punto de preguntar á la intrusa:

—¿Y quién eres tú?

—El diablo,—respondió la desconocida, con una sonrisa verdaderamente diabólica.

Jacinto se estremeció á su pesar y repuso, procurando serenarse:

—¡Vaya! No te andes con bromas. Esa no es contestacion.

—¿No oiste mil veces decir que las mujeres son el diablo?

—Sí, á fe.

—¿Qué mucho, pues, que ahora el diablo sea una mujer?... Y una mujer no mal parecida, —concluyó la dama con un remilgo de modestia satánica.

Era, en efecto, una mujer soberanamente hermosa, y vestía, con elegancia suma, un soberbio traje de salon. Olas de raso azul celeste, guarnecido de finísimos encajes, componian la flotante falda de la aparecida y daban á esta última la apariencia de una Vénus bañándose en el mar; los piés desaparecian bajo el raso y los encajes; el talle era esbelto, gallardo, vigoroso, guardando proporcion con la elevada estatura de la dama, y rodeábalo un ancho y flexible cinturon de asta al parecer de ciervo, incrustado de carbunclos; de este cinturon arrancaba con briosa arro-



LAS BAÑISTAS DE CAPRERA

gancia un busto escultural, de los que imaginan los grandes artistas, sin acertar á modelarlos; los hombros, de una blancura deslumbradora, caían en graciosas y atrevidas curvas hasta los brazos, medio desnudos, medio cubiertos por unos guantes de ocho botones, que eran otros tantos rubíes; las manos, breves y aristocráticas, sostenian la una un precioso álbum con tapas de carbon de piedra adornado de caprichosas esculturas, y la otra un abanico de ala de murciélago con tres varetas de ballena, dispuestas á manera de tridente; el cuello y el collar que lo engalanaba quedan descritos en una frase: eran una serpiente ahogando á un cisne. En cuanto al rostro, imposible sería describir su belleza peregrina: sobre una espaciosa y abovedada frente de alabastro, caía, permitasenos la hipérbole, un Niágara de pelo, negro y revuelto como un cielo tempestuoso; los ojos, de igual color, desmesuradamente grandes y rasgados, protegidos por enmarañadas cejas y abundosas pestañas, parecían dos cavernas en la espesura de un monte, y á intervalos despedían unas como centellas reveladoras de su origen infernal; en las mejillas deslumbraba la nieve y ardía el fuego; la nariz era correctísima, los labios rojos como dos hojas de amapola, delgados y ligeramente contraídos por un mohin de soberbio desden que, en armonia con el centelleo burlon de la mirada, prestaban al rostro una expresion tan diabólica como seductora. Se nos olvidaba decir que el seno, turgente, ondulante y acabado, completamente desnudo en su parte superior, mal velado el resto por encajes y tules transparentes, improvisó un Colon en Santiamen, haciéndole descubrir

algo parecido á dos mundos al brotar de las espumas.

Encontradas emociones agitaron el alma de Jacinto, ante aquella aparicion repentina y desusada: ora sentíase fascinado, atraído hacia la dama, ora ésta le inspiraba una secreta é inexplicable repulsion que en vano pretendía dominar; aquella mujer era un verdadero abismo para nuestro héroe, quien á un tiempo la deseaba y la temía. Estos dos opuestos sentimientos convergían en un tercero, el cual daba por resultado avasallar á Santiamen hasta el extremo de confundir su voluntad con la de la desconocida. Ello fué parte, sin duda, á que Jacinto, recobrándose de todo sobresalto, y aún olvidando la maravillosa situacion en que se hallaba, sólo viera en la intrusa á una mujer de extraordinaria belleza y considerara el caso como una de tantas aventuras amorosas, á las cuales era por demas aficionado.

—¿Conque eres tú quien estornudó hace poco?—se atrevió á preguntar.

—Yo misma,—respondió la dama.

—Muchos estornudos fueron aquéllos para tan delicadas narices.

—Tienes gracia y lo celebro; pero, no lo dudes, te he dicho la verdad.

—Y sin faltar á ella tampoco, ¿eres el diablo?

—Como tú eres tú.

—Entonces, ¿por qué estornudas?

—Soy un diablo acatarrado.

—¿Por los fuegos del infierno?—repuso con sorna Santiamen.

—No, — contestó la aparecida; — me constipo cuando salgo, durante mis paseos por el mundo. Con el calor que hace en mi alcázar, fácilmente comprenderás...

—La consecuencia es inmediata; te resfrías al salir.

—Y al entrar sudo y me curo.

—¿Y quién te ha engalanado de esa suerte?

—Las modistas del infierno.

—¿Tenéis modistas allá?

—En abundancia; todas las que mueren en el mundo. Otro tanto ocurre con los sastres: como quiera que en vida éstos y aquéllas no hacen sino mentir y presentar á sus parroquianos las cuentas del Gran Capitán, todos van derechitos á nuestras infernales posesiones; de modo que nuestro traje está siempre cortado por el último figurín.

—¿Se usan ahora álbums con tapas de carbón de piedra?

—Sí tal, es la última novedad.

—Os tiznarán las manos.

—Tienen un baño mundanal.

—¿Qué clase de baño es ese?

—El que usan en el mundo ciertas gentes, metidas en ciertos negocios ó desempeñando ciertos destinos, para tener, sin que se note, las manos puercas. Ni ellos se tiznan ni tizna este álbum. ¡Mira!

La desconocida, ántes que él pudiera evitarlo, restregó las tapas de su álbum por la cara de Jacinto. Este dió un salto brusco y un alarido penetrante. El álbum, cual si fuera un hierro candente, le había abrasado la epidermis. Santiamen, temblando como un azogado, se miró al espejo de su lavabo y llevóse entrambas manos á la cara, sin ver ni tocar en ella señal de mancha ni quemadura.

—¿Te vas convenciendo al fin de que soy el diablo?— preguntó la dama, sonriendo.

El estornudador no tuvo aliento para contestar.

—¡Vaya! Veo que el álbum te molesta y voy á esconderlo, — repuso aquélla.

Entónces Jacinto lo vió deslizarse por el casi desnudo seno de la dama y desaparecer bajo su talle, sin que ella diera la más leve muestra de sentirse molestada.

Santiamen comenzó á tener miedo de veras. Dió un paso para salir, y no pudo moverse de su sitio; abrió la boca para gritar, y no le fué posible articular una sílaba.

—¿Cómo has entrado aquí? — masculló al cabo.

—¡Qué curiosos sois los hombres! ¡Y luégo nos llamáis curiosas á las mujeres!

—¿Cómo has entrado aquí? ¡Necesito saberlo! — volvió á mascullar Jacinto.

—Yo no entro ni salgo jamás; me aparezco y desaparezco. Pero, hombre, tranquilízate, no pongas esa cara de sentenciado.... Cualquiera diría que vengo á pedirte dinero, cuando vengo á dártelo.

—¿Vienes á darme dinero? — prorumpió Santiamen, olvidándose de su situación.

—He entrado, digo, me he aparecido, con objeto de proponerte un buen negocio, y espero que nos entendamos.

—Habla.

—Antes será preciso devolverte la perdida serenidad, no vayas luégo á decir que abuso de mi poder. Anda, querido, no seas bobo: piensa que aquí no hay diablo ni sér sobrenatural alguno. Soy una mujer hermosa y rica; te amo y deseo labrar tu felicidad.

—¿De veras!

—No lo dudes.

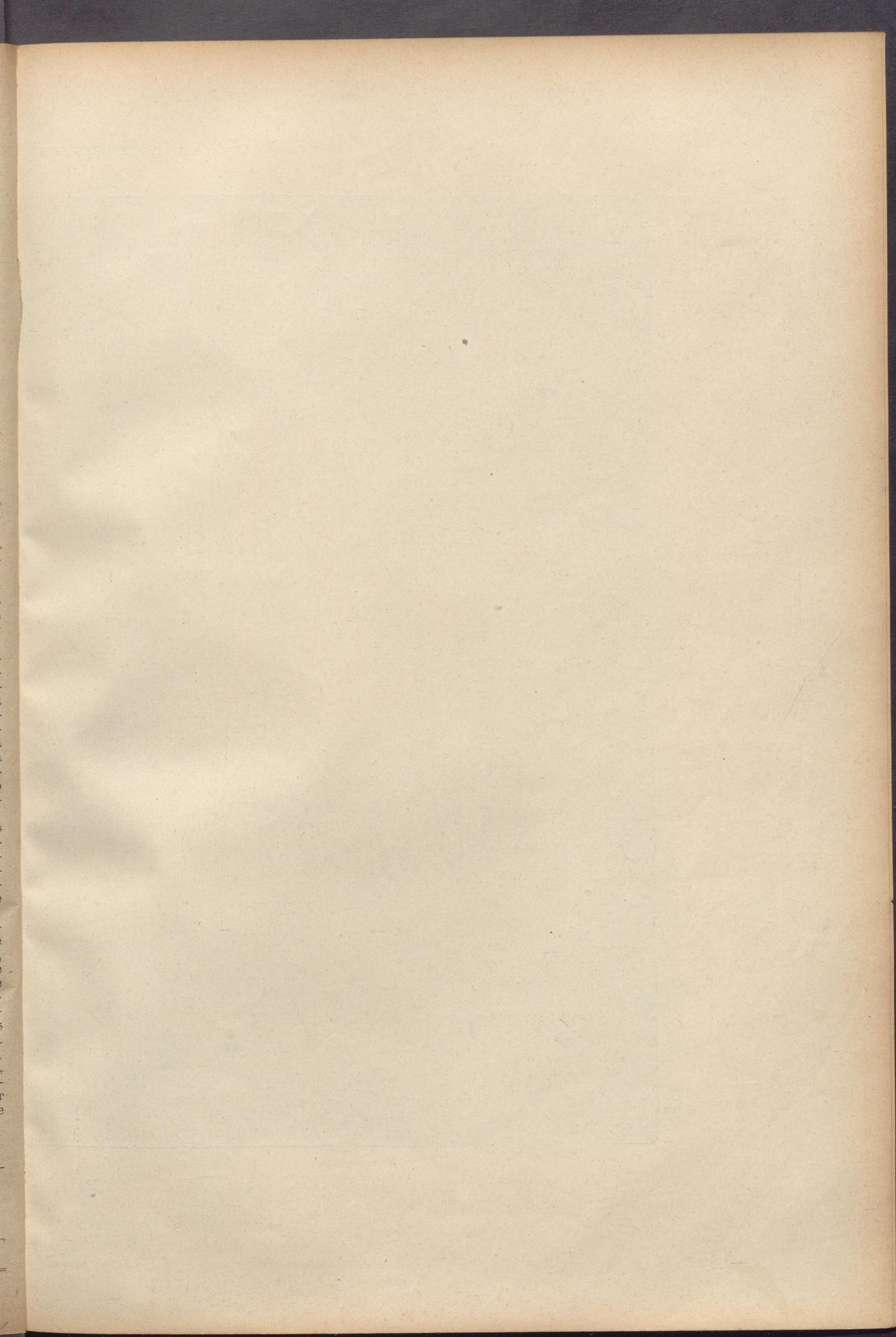
Y la dama miró á Jacinto con una expresión tan indefinible como seductora.

(Se continuará).

JUAN TOMÁS Y SALVANY.



BRUNILDA Y SIEGFRIEDO





PARADA EN EL DESIERTO

